

tienen quizá más derecho que los escritores de las siguientes décadas, a que los consideremos como víctimas genuinas de la epidemia romántica, pues en ellos hay más espontaneidad, más pasión, más entusiasmo, más aventura y—de parte de los insurgentes—más nacionalismo.

En la tercera parte de este trabajo consideraremos sobre todo a estos últimos, y me parece importante insistir sobre el carácter religioso de lo que quiero llamar su romanticismo revolucionario, lo cual me parece tanto más interesante cuanto que se dirigía contra instituciones que, por la expulsión de los jesuitas, la desamortización de los bienes de obras pías, los abusos del real patronato¹ y, posteriormente, en el nuevo régimen, las tendencias liberales de las cortes españolas, herían los sentimientos religiosos y patrióticos de los americanos. No es, pues, de extrañar que, según acertados cálculos de moderno historiador, 6000 de los 8000 sacerdotes que entonces había en la Nueva España optasen por la causa de la emancipación, y que varios centenares de ellos aun tomasen las armas y encabezasen el movimiento, ni que los eclesiásticos de la ciudad de México se enfrentasen al intruso arzobispo Bergosa en 1813, para lograr que las elecciones todas para diputados a las cortes de Cádiz recayesen en diputados mexicanos, ni, finalmente, que, despedido, el año siguiente, por nuevos triunfos de sus contrarios, escribiese D. Félix María Calleja: "Actualmente caminan para esa Corte dos grandes facciosos en calidad de diputados, que son el magistral (sacerdote) de esta capital, D. José de Alcalá, y el Lic. D. Manuel Cortazar. No puede haber una amargura comparable a la mía, al ver marchar, sin poderlo impedir, dos tan perniciosos sujetos a dictar leyes a los nobles españoles. . . Y como los facciosos de aquí están en continua relación y acuerdo con sus diputados en la Península, han sabido cuantas providencias se dictaban para la América, y reclamándome orgullosamente su cumplimiento. . . la primera elección popular para ayuntamiento fue el primer triunfo de los rebeldes. . . se inundó la ciudad de pelotones de

1 En el Doc. 531 de la colección de Hernández y Dávalos, se leen las siguientes líneas que, aunque exageradas, son una confirmación de lo que aquí asentamos: "El Gobierno Español ha imitado al Gabinete de Saint James: los reyes de Inglaterra, desde Enrique VIII, con descaro se intitulan Cabeza de la Iglesia Anglicana, y los reyes de España, con hipocresía sólo se nombran protectores de la Iglesia. . . El Rey británico dijo abiertamente: No obedezco al Papa; y el rey español se sujeta, en lo que le conviene, a la Silla Pontificia, reclama aún los decretos del Concilio Tridentino y amenaza con sus armas para arrancar los Breves y las Bulas que importan a los intereses de sus ministros y favoritos. . . ¿no se infiere que los reyes de España han sido peores que los de Inglaterra?. . . La certeza de esta conclusión y de las proposiciones de que se deducen, no necesitan otras pruebas que la Historia de Enrique VIII, escrita por el sapientísimo Suárez en su incomparable obra "De Religione", y la lectura de las Cédulas Españolas y de los Breves Pontificios que, desde aquella época, se han publicado. . ."